

doctor en teología, fué misionero y por fin en 1884 fué consagrado Obispo de Mágida. Concluída esta solemne é imponente ceremonia, el nuevo Obispo, después de abrazar á su anciana madre va á Don Bosco, el que con el bonete en la mano le esperaba descubierta la cabeza. El Ilmo. Sr. Cagliero se acerca con las manos ocultas en los vestidos; á nadie, ni á su madre, había permitido besarle el anillo pastoral; mas Don Bosco quiere estrecharle la mano y llevarla á los labios. Abrázale entonces el Obispo; dulces lágrimas expresan el amor del padre y del hijo y, después de esta tierna escena, Don Bosco es el primero en besar el anillo del Prelado.

Hay más: Don Bosco sabía que el Ilmo. Señor Cagliero le asistiría en sus últimos momentos, lo cual parecía bien improbable, puesto que en 1885 el Obispo había vuelto á América del Sur; durante la última enfermedad de Don Bosco hallábase en la Patagonia, y para mayor desgracia, el 3 de marzo de 1887, una caída terrible habíale condenado á larga inmovilidad. En el paso de la Cordillera de los Andes, arrojóle el caballo en medio de las rocas y precipicios, y bien que sólo por milagro se explica que no muriese en el acto, al recogerle observóse que tenía varias costillas rotas y graves contusiones. Esta circunstancia era tanto más crítica cuanto que se hallaba lejos de toda habitación y habría sido menester andar centenares de leguas para encontrar socorro de un médico.

La noticia de tal accidente produjo en el Ora-

torio grande y general consternación: sólo Don Bosco no manifestó temor alguno.

Poco después el venerado Padre parecía sucumbir bajo la acción de antigua enfermedad y se temía que tan preciosa vida de un momento á otro se extinguiese. Mas mientras en todos los que á él venían se manifestaba la mayor inquietud, Don Bosco decía invariablemente: todavía no... *después, después*. Esperaba á su amado hijo, que en efecto llegó á Turín el 7 de diciembre de 1887.

Al presentarse el Ilmo. Obispo, Don Bosco dió un profundo suspiro de alegría y consuelo. Como lo había previsto, fué su hijo Obispo quien le administró los últimos sacramentos, recitando á su cabecera las preces de agonizantes y recibiendo su postrer aliento.

Otras importantes predicciones hizo Don Bosco concernientes al primer Obispo Salesiano y que seguramente se cumplirán como las demás.

1884.

¡Sacerdote jamás! Prefiero que muera.

Una señora de la aristocracia de Turín, acompañada del menor de sus hijos, llegó á visitar á Don Bosco. Nadie podía poner en duda la piedad de la familia, puesto que el jefe de ella encargado de los asuntos del Gobierno piamontés desde *la*

brecha de la Puerta Pía, se había retirado voluntariamente á la vida privada.

Don Bosco, con su bondad ordinaria, preguntó por toda la familia y concluyó por decir á la señora:

— ¿Y qué vais á hacer con vuestro hijo mayor?

— Seguirá, como su padre, la carrera diplomática.

— Bien; ¿y el segundo?

— Está en la escuela militar, y, conforme á los precedentes de la familia, no dudo que llegará á ser general.

— Perfectamente. ¿Y á éste?—añadió Don Bosco, indicando al niño que estaba allí con la madre.—A éste le haremos sacerdote; ¿no es verdad?

— A esta palabra la señora pareció aterrada y nada respondió, pero luego, como encendida en furor, con energía casi salvaje, exclamó:— ¡Sacerdote, jamás! Prefiero que muera.

Consternado Don Bosco por esta respuesta, procuró mover á la señora á mejores sentimientos, observándole al mismo tiempo que aquella palabra no era una sentencia. ¡Trabajo perdido! La desdichada madre repitió la misma imprecación y se retiró.

Ocho días después, agitada y anegada en llanto, preséntase de nuevo:

— Don Bosco, venid, venid á dar la bendición al menor de mis hijos que se muere!

Entrado Don Bosco en la estancia del mori-

bundo, le toma el niño la mano y se la besa respetuosamente. Los médicos allí reunidos declaran ignorar la naturaleza del mal. El enfermo les oye, y llamando á su madre, le dice:—Mamá, yo bien sé por qué muero.... la palabra de Ud.... Acuérdesse de lo que le dijo á Don Bosco. Ud. prefirió verme muerto antes de darme á Dios, y Dios me llama.

Don Bosco, después de aconsejar la resignación á la familia y prometerle las oraciones de sus niños, se retiró profundamente conmovido.

A poco vinieron á avisarle haberse completado la lección divina: el niño había muerto.

1885.

UN CAMBIO

Don Carlos Viglietti, secretario de Don Bosco, refiere lo siguiente: «Era el año de 1885. Don Bosco había hecho viaje á Marsella y yo le acompañaba. Suplicáronle diese allí una conferencia, y él, que no sabía excusarse, se ofreció á ello.

»Llega el día de la fiesta: debía decir Misa á las ocho y luego dar la conferencia; por lo que la iglesia, desde muy temprano rebosaba de gente. Dan las 7, las 7 y media y Don Bosco, si bien madrugador, aún no había salido de su habitación. Voy á verle y le encuentro en cama.

— Buenos días, Don Bosco; ¿qué es lo que tiene?

— Un dolor de cabeza que no me permite levantarme.

— ¡Ah!... Y la iglesia está llena; esperan su Misa, y la conferencia anunciada. ¿Qué hacer?

— ¡Paciencia! á no ser que tú quieras recibir en lugar mío el dolor que siento.

— Seré muy afortunado en tener un dolor de cabeza de Don Bosco.

— Entonces bien; iré, pues, á decir Misa y á dar la conferencia.

Y al instante me sentí con tal fuerte dolor de cabeza que, casi sin poder tenerme en pie, me apoyé en la pared y me fuí más que de prisa á la cama. A pesar de todo, con la singularidad del caso, no podía dejar de reirme.

Entre tanto Don Bosco se levantó, dijo Misa, predicó, habló con todo el mundo, hasta que á eso de las 11 y media dijo:

— Hoy estoy invitado á comer en casa de***, ya es tiempo de pensar en partir; pero no veo á Carlos; ¿dónde está?

— Señor, está enfermo en cama, le contestaron.

— ¡Ah! cierto; y en el acto va á verme.

— Levántate, levántate, Carlos, me dice. Y yo me siento instantánea y completamente sano, y me levanto y acompaño á Don Bosco.

El dolor ya no tornó ni á él ni á mí.

A las doce estábamos á comer en la casa indicada.»

1885.

¿A QUIÉN AGRADECER?

En enero de 1885 un incendio destruía casi por completo los talleres de encuadernación del Oratorio de Turín, y ocasionaba pérdidas considerables. Era menester ocupar á los niños lo más pronto posible; pero para restablecer los talleres con lo estrictamente indispensable se necesitaban al menos diez mil francos.

Tal era el cálculo hecho pocas horas antes, cuando de Francia llega á manos de Don Bosco una carta certificada que contenía *diez billetes de mil francos*, sin una sola palabra de explicación.

Jamás se ha sabido el nombre del generoso bienhechor.

1886.

LAS AVELLANAS

El primero de enero de 1886, en el Oratorio de Turín, los estudiantes de la cuarta y quinta clase de humanidades, esto es, unos ochenta, fueron á saludar y desear á Don Bosco buen principio de año. Recibidos con particular ternura, como que eran ejemplares en su conducta y el honor de la casa, — Hijos míos, les dijo Don Bosco, yo querría haceros un obsequio,

Y el buen Padre, mirando á su alrededor, encontró un saquito de avellanas.

Inmediatamente púsose á darlas á manos llenas á los escolares que tenía junto á sí, por lo que los demás se echaron á reír; pues era evidente que distribuídas con largueza, sólo alcanzarían para tres ó cuatro.

Pero, continuada la repartición, con general asombro, cada uno recibió tantas cuantas podía contener en las manos.

Cuando les hubo dado á todos, como le indicasen que tres ó cuatro escolares que estaban ausentes sentirían mucho quedar sin parte en la distribución, metió de nuevo la mano en la pequeña bolsa y sacó varios puñados.

Uno de los que estaban allí presentes decía después: — Yo no sé de donde pudo sacarlas cuando ya la bolsa estaba vaciada.

Hechos como éste ocurrieron repetidas veces. El mismo Don Bosco, mientras daba con la boca llena de risa á sus amados hijos aquellas avellanas, les decía: — Un día habían cocido algunas castañas en una pequeña olla; mis niños, como un centenar, las miraban con buen apetito; pues bien, todos recibieron su porción. Y en seguida, con semblante más grave, añadió:

— En otra ocasión en que muchas personas se acercaron á comulgar no había sino tres hostias en el copón; no obstante, todas comulgaron sin necesidad de partir las formas.

1886.

TIBI DABO

En 1886, Don Bosco visitó á Barcelona donde había ya fundado los *Talleres Salesianos*. No es el caso de referir la entusiasta acogida que se le hizo. Después de una reunión que fué un acto triunfal, el Presidente de la Sociedad de San Vicente de Paúl, acompañado de once miembros, fué á él y le dijo:

— Señor, sabiendo que deseáis erigir un Santuario en honor del Sagrado Corazón de Jesús en esta ciudad, nos consideramos muy honrados y dichosos con ofreceros á tal objeto un vasto terreno que poseemos sobre el monte *Tibi dabo*.

Este monte es el más hermoso y elevado de cuantos rodean á Barcelona, y la leyenda cuenta que allí fué donde transportado Nuestro Señor, Satanás le ofreció el reino del mundo: *Hæc omnia Tibi dabo, si cadens adoraveris me* (Math. IV, 9).

Don Bosco, conmovido hasta las lágrimas, contestó:

— Señores, lo acepto gustoso y os lo agradezco. Sois en este momento los enviados de la divina Providencia. Desde que partí de Turín para vuestro hermoso país, pensaba en edificar en honor del Sagrado Corazón de Jesús un santuario en Barcelona; y durante el viaje una voz me ha mur-

murado constantemente al oído: *Tibi dabo... tibi dabo... tibi dabo...*

Sí, el Sagrado Corazón de Jesús, quiere, sin duda, ser adorado allí, sobre el monte *Tibi dabo*.

En la cúspide de aquel monte elévase ahora una graciosa capilla que más tarde ha de ser reemplazada por una vasta iglesia.

1886.

LOS SALESIANOS EN CHILE

El 10 de abril de 1886 Don Bosco contó el siguiente sueño de la noche anterior:

Don Bosco llegó á una altura de donde veía un campo poblado de árboles, cultivado y cortado por caminos y calles.

Iba á pasear la vista á su alrededor, cuando llegó á sus oídos la voz de una inmensa muchedumbre de niños; mas á pesar de sus esfuerzos, no pudo conocer de qué parte nacía este ruido. En seguida oyó un grito como que anunciaba un acontecimiento y luego vió un número casi infinito de niños que corriendo á él le decían. *¡Te hemos esperado, te hemos esperado mucho tiempo! Al fin estás aquí ¡Te tenemos con nosotros y no te dejaremos escapar!*

Un pastor que allí llegó con multitud de ovejas, después de hacer muchas preguntas á Don Bosco, le dijo: *Mira hacia este lado, extiende la vista, y*

vosotros (dirigiéndose á los niños) *observad también y leed lo que está escrito.*

— *¡Y bien! ¿qué es lo que veis?*

— Yo veo montañas, mar, colinas, y luego nuevas montañas y mares, contestó Don Bosco.

— *Yo leo Valparaíso*, gritó un niño.

— *Yo leo Santiago*, gritó otro.

— *Y yo Valparaíso, Santiago*, exclamó un tercero.

Veamos ahora lo que refiere el *Boletín Salesiano* del mes de octubre de 1887:

En el mes de abril de 1887 el Ilmo. Sr. Cagliero y Don Fagnano han ido á Chile. Su viaje ha sido un triunfo continuo.

Han visitado á **Santiago** y á **Valparaíso**.

En *Santiago* el señor Senador Valledor ha insistido en que los Salesianos tomen la dirección de un asilo nacional...

Los huérfanos del Estado, de siete á diez años de edad, al recibir á Su Ilustrísima, le dicen: **Hace ya dos años que no cesamos de orar y de clamar para que Don Bosco nos dé un padre!**

Otros más pequeños añaden: **Las huérfanitas tienen su madre** (una congregación religiosa); **pero nosotros aún no tenemos padre. Nuestro padre es Don Bosco; pero todavía no llega.**

En *Valparaíso*, el día de la llegada de Su Ilustrísima, más de doscientos niños, locos de alegría, corrían hacia los Salesianos, gritando: **Al fin han llegado nuestros Padres. ¡Bien! Ya están con nosotros.**

1887.

TODAVÍA LA PROVIDENCIA

De todas las Casas Salesianas una de las que más sufrió con el terremoto de 23 de febrero de 1887 fué la de Vallecrosia, cerca de Bordighera. Apenas pasada la catástrofe, fué necesario mandar provisionalmente á sus casas á la mayor parte de los niños que se educaban en el establecimiento.

Esta medida extrema dejaba no pocas almas en gran peligro, pues que siendo Vallecrosia un nido de protestantes de reconocido proselitismo, los pobres niños quedaban expuestos á caer en el error y perder la fe.

Se comprende el interés de Don Bosco en la reparación inmediata de tan importante casa, y aunque no sabía cómo conseguir recursos, envió un arquitecto que estudiara el coste de la compostura. El presupuesto, para dar á la casa la seguridad suficiente, fué de seis mil francos; en cuanto á la restauración completa era menester un crecido gasto.

Don Rua, á quien llegó la respuesta, llevóla luego á Don Bosco, que se hallaba á la sazón en el refectorio, y le preguntó dónde podrían obtenerse los seis mil francos cuya necesidad era tan urgente.

Don Bosco se contentó con responderle con su habitual tranquilidad: ¡Dios proveerá!

Casi al concluir la comida, es introducido un

antiguo amigo de Don Bosco y bienhechor insigne de sus huérfanos, el conde de Maistre, y le dice: —Padre mío, una tía quería dejaros un legado; pero, pensando en los inconvenientes y dificultades que ofrecen semejantes dominaciones, ha preferido ayudaros en vida y os envía estos seis mil francos.

Conmovido Don Bosco presentó al Conde la carta del arquitecto y añadió: —Ved como María Auxiliadora ha inspirado á vuestra tía. Servíos de expresarle mi reconocimiento y decirle que su generosa ofrenda es del todo providencial.